

PERTSONA
BAKOITZAREN
INDARRA

KEINU BAKOITZAK DU
ZERESANA



EL PODER
DE CADA
PERSONA

CADA GESTO CUENTA

FUERTES PARA AMAR

Estamos celebrando el día del Corpus, que en la historia de la Iglesia tiene un recorrido bien largo. Muchos recordarán aquellas procesiones, adoraciones, cánticos y fiestas de primera comunión. Han sido, son y probablemente serán millones las personas que recibiendo la comunión y adorando al Santísimo, experimentan un consuelo profundo, que les alimenta y les llena espiritualmente sus vidas. En este tiempo de pandemia lo hemos comprobado significativamente, sobre todo en las redes sociales.

Ahí está ese deseo de eucaristía, ese modo de comulgar espiritualmente, esa llamada a reunirnos a celebrar juntos la santa misa en los templos, esas audiencias televisivas multitudinarias de programas religiosos que a muchos ha sorprendido. Son modos de vivir la fe, muy íntimas, un modo de espiritualidad que se expresa acogiendo lo que se nos da en la comunión.

Todo esto es muy hermoso y emocionante, para nosotras/os las/os católicas/os, pero la cosa no se queda ahí, no, porque tiene sus efectos prácticos y no sólo son cuestiones individuales sino también sociales y de organización.

Se trataría de responder a la cuestión que el teólogo alemán J.B. Metz, recientemente fallecido: “Jesús, sólo buscaba una cosa, que hubiera en la tierra mujeres y hombres que comenzaran a actuar como actúa Dios. Ésta era su



obsesión, responder a la siguiente pregunta: ¿Cómo sería la vida si la gente se pareciera más a Dios?”.

Bueno, parecernos a Dios puede sonar excesivo (ser santos, perfectos, misericordiosos), pero básicamente significa, vivir al modo y manera de lo que entendemos como Caritas (amor, amistad, altruismo, servicio...). Se refiere a vivir desde una motivación personal fundante, una vocación, y un servicio público de compromiso social en favor de la justicia y la paz. Pablo VI, el Papa del Concilio, se refería a esto cuando decía que había que construir “una civilización del amor”.



Caritas, junto a otros organismos, es el exponente eclesial organizado de este modo de vida. Un modo de estar en la sociedad que sabe acoger el regalo de ser amados por Dios, a nivel personal, y hacer las cosas por amor, encarnando, de un modo público la justicia y la paz, como servicio a los más desvalidos. Y no sólo en

las urgencias como el COVID-19, que también, sino cotidianamente, todos los días y para todos las/os necesitadas/os del mundo; como acabamos de presentar en la Memoria del año 2019 atendiendo a más de 17.000 personas.

Sobre todo, a mujeres vulnerables y a sus niñas/os, a los que no tienen hogar y a los ancianos dependientes. Por eso, celebramos hoy el día de la caridad, el día del Corpus, la fiesta mayor de la fraternidad cristiana, signo de una humanidad realizada como proyecto y como estilo de ser y de hacer las cosas.

Se trataría de vivir una vida llena de compasión. Jesús de Nazaret no habla nunca de un Dios indiferente o lejano, olvidado de sus criaturas o interesado por su honor, su gloria o sus derechos, no. En el centro de su experiencia religiosa, no nos encontramos con un Dios legislador intentando gobernar el mundo por medio de leyes, ni con un Dios justiciero, irritado o airado ante el pecado de sus hijos-as. Para Jesús, Dios es compasión. Habla de las “entrañas”. Esta es su imagen preferida.

La compasión es el modo de ser de Dios, su primera reacción ante sus criaturas, su manera de ver la vida y de mirar a las personas, lo que mueve y dirige toda su actuación es la misericordia. Dios siente hacia sus criaturas lo que una madre o un padre buenos sienten hacia el hijo-a que traen a esta vida, como lo dijo el

profeta Isaías: “¿puede una madre olvidar al hijo de sus entrañas?... Yo nunca me olvidaré de ti”. Dios nos lleva en su ser y en nuestro hacer todos los días de la vida.

Es verdad que, este lenguaje de la compasión y la misericordia pueden ser peligrosos y ambiguos. Puede sugerir un sentimiento poco razonable y quedar reducido a tener un corazón generoso, sin el acompañamiento de un compromiso práctico de vida diaria; puede quedarse en hacer el bien, en un momento u otro de nuestra vida, sin abordar las causas concretas del sufrimiento y las injusticias en las que estamos inmersos; puede entenderse como una actitud paternalista hacia las necesidades de algunos individuos, sin reaccionar ante una sociedad que funciona de manera inmisericorde.

Para evitar malentendidos y reduccionismos, el teólogo Jon Sobrino ha propuesto hablar del “principio-misericordia”, es decir, de un principio interno que está en el origen de nuestra actuación ordinaria, que permanece siempre presente y activo y que imprime una dirección a todo nuestro ser, hasta configurar todo nuestro estilo de vivir. Este principio interno que estaría en el centro de nuestra vida es evidente que es el origen de nuestra acción social y de la organización de Caritas en la Iglesia.



¿De qué se trataría, en concreto? El Papa Francisco nos guía especialmente bien a este respecto. Se trataría de “vivir dejándonos afectar por los pobres, sin descartar a nadie”. Nos recuerda que “nos hemos olvidado de llorar y nos hemos instalado en la globalización de la indiferencia y en la cultura del descarte”, por lo que se trataría de que nos “afecte el dolor ajeno”. Es la clave de la compasión y la acción comprometida, “los dos sentimientos morales más elementales para la verdadera caridad cristiana”.

El Papa nos reclama “ponernos a tiro de los pobres y tomar en serio la dinámica samaritana del Evangelio”. Lo podemos concretar en comprometer la propia seguridad, el dinero de cada uno, el tiempo disponible, la familia misma y acoger las necesidades reales de las víctimas y preguntarles a ellas/os (son las/os protagonistas) y, no suplirles con nuestras tomas de postura previas.

Para nosotros, las personas pobres, antes que cuestiones técnicas, son cuestión de Dios, cuestión de Amor, en profundidad. Muchas veces, en la complejidad de

los problemas, acabamos no diciendo nada sobre las personas que sufren (los desahuciados, los enfermos, los dependientes, los ancianos, los violentados), pero no hay que olvidar que “sólo el dolor es condición de verdad” como decía Ignacio Ellacuría.

Es una gran prueba de nuestra verdad, porque sólo la cercanía a las víctimas nos libera del secuestro de las ideologías pseudo-altruistas. Leer la realidad desde este Amor-Caritas es adoptar el ángulo de Dios que, mira a los últimos y lo hace con dolor, sufriendo, padeciendo, a la vez que luchando por una vida mejor. Esta es la fe que libera, resucitándonos.

La Asamblea de obispos de Aparecida en Brasil decía que “todos estamos llamados a ser abogados de la justicia y defensores de los pobres” en expresión feliz, con el objetivo de que “los pobres se encuentren con nosotros como en su propia casa”. No se trata sólo, de hacer cosas o prestar ayudas, sino de ser



hermanas/os desde la “complicidad con los excluidos”. El Papa nos lo recuerda insistiendo en que “estamos llamados a ser sus amigos, a escucharlos, a interpelarnos y a recoger lo que Dios quiere comunicarnos a través de ellos”.

Todo esto no va muy en sintonía con la transformación de las estructuras, no es contrario a ello. Hay que impedir el puro “individualismo moral”, ese reducir los problemas económicos y sociales a meros problemas personales de buenas intenciones. No podemos ignorar las dimensiones estructurales que laten por debajo y las causas y los responsables de estos problemas (las estructuras de pecado). Tampoco se trata de que nos conformemos con que la administración dé respuesta a situaciones límites intolerables, las más urgentes, y todo quede en eso, pero sin una institucionalización de los derechos de las personas (alimentación, salud, educación, vivienda).

Aquí no abogamos por el llamado “capitalismo compasivo”, no. El Papa nos lo recuerda muy bien: “hay que resolver las causas estructurales de la pobreza y promover el desarrollo integral de los pobres”. Es nuestro reto. No se trata de repartir mejor sino de cambiar la forma de producir y repartir.

Creo que la Iglesia, en general y, en concreto Caritas pueden visibilizar, como nadie y denunciar lo injusto de este mundo, sin casarse con nadie. No podemos permanecer mudos ante tanto sufrimiento. Tenemos que decir “no a una economía de la exclusión y la inequidad” desde una actuación integradora, sin exclusiones que dice el Papa Francisco.

Unir la defensa de la vida con la calidad de la misma es, todo un reto, vinculado siempre a los Derechos Humanos individuales, sociales, económicos y culturales. En este sentido, seguramente hay que ser más creativos.

Hablamos de la nueva imaginación de la caridad desde la justicia, la cooperación y la paz. Seguramente necesitamos repensar los objetivos, las estructuras, el estilo y los métodos de nuestra acción social al servicio de los que peor lo están pasando en la vida diaria, tanto aquí, entre nosotras/os, como allí, a lo lejos, impulsando verdaderos proyectos de cooperación internacional, desde una mirada universal y compartida de la realidad.

Xabier Andonegi Mendizabal
Consiliario de Caritas Gipuzkoa